A represión franquista en Galicia

Actas dos traballos presentados ao

Congreso da Memoria

Narón,
4 a 7 de decembro de 2003

A represión franquista en Galicia
Actas dos traballos presentados ao Congreso da Memoria
Narón, 4 a 7 de decembro de 2003

COMITÉ CIENTÍFICO
Enrique Barrera Beitia
Eliseo Fernández Fernández
Xosé Manuel Suárez
Manuela Santalla López

1ª edición: maio 2005

Deseño e maquetación: Edicións Embora
Ilustración da portada: Alberto Toval

Depósito Legal:

La represión en Ferrolterra y sus circunstancias

Enrique Barrera Beitia

Una represión consciente y estructurada

En Ferrolterra, la represión sobre los adversarios políticos estuvo debidamente encauzada y controlada por las autoridades, de tal manera que los casos acreditados de violencia no autorizada fueron excepcionales. En la cúspide de la pirámide represiva estaba el Delegado de Orden Público y por debajo, debidamente subordinados, los comités de depuración, la Guardia Civil y las milicias de Falange.

El delegado de orden público

En Ferrol, estos delegados fueron sucesivamente:

- Victoriano Suanzes, comandante de la Guardia Civil.
- Nieto, teniente de artillería.
- Miguel López Uriarte, comandante de Artillería.
- Ignacio López Pita, comandante de Infantería (enero 1937).
- Luis Rubido Diéguez, juez (julio de 1937).

Estos delegados trabajaron inicialmente con un listado de personalidades de la vida política, social y sindical que deberían ser eliminados y que fue redactado en los meses anteriores al golpe de estado por un grupo de políticos ferrolanos de derechas que se reunían clandestinamente en la Iglesia del Carmen, contando –como es lógico– con el apoyo del párroco de la misma, Benito Murado Farcón. A estas reuniones asistieron –por lo menos– las siguientes personas:

- Domingo Borrás Alonso, comerciante.
- Santiago Casares Bescanza, coronel Médico de la Armada.
- Javier Casares Bescanza, presidente Tranvías de Ferrol S.A.
- Chao Losada, médico.
- Rafael Fernández Conde, ingeniero de la SG de Electricidad.

- Miguel Martínez Falero, médico de la Armada
- Enrique Montenegro, catedrático de Instituto

Victoriano Suanzes aumentó el listado sirviéndose de los agentes policiales que habían sido enviados por los gobernadores provinciales de la República a los diversos actos políticos y sindicales. Es bueno recordar que, a diferencia de lo que ocurre en nuestros días, dichas actividades, contaban con la presencia de un agente gubernativo (policía o guardia civil) que elaboraba un informe sobre el desarrollo de estas reuniones y que estaba autorizado a suspenderlas si entendía que el desarrollo de las mismas no se ajustaba a lo explicitado en la solicitud. Era relativamente frecuente que interrumpieran a los oradores para advertirles de esta circunstancia. Victoriano Suances fue precisamente uno de ellos. Otro fue Bengoa, pero sin duda el más decisivo resultó ser Francisco Güemes, conocido como "El catalán", que cubría los actos de la izquierda en general y especialmente del PSOE y de la UGT.

Dichos agentes disponían de una información valiosísima y la pusieron a disposición de las autoridades franquistas. A sus datos se añadían los proporcionados por los diversos comités de zona –a los que luego nos referiremos– , de tal manera que el Delegado Gubernativo terminaba dividiendo la lista en tres grupos:

- Los denominados presos gubernativos, mantenidos en las cárceles a la espera de una decisión definitiva, que normalmente consiste en darles a elegir un destino en el frente o en un batallón disciplinario de trabajo.
- Los enviados a los Consejos de Guerra. La inmensa mayoría de ellos fueron condenados a muerte.
- Los que por no figurar en ninguna de las anteriores categorías, podían ser paseados.

La inclusión en un grupo u otro, dependerá de los avales que el preso pueda disponer y presentar.

Los comités depuradores por zonas

Estaban integrados por falangistas y funcionaban en cada parroquia rural. La ciudad de Ferrol tenía un comité conocido como "La Comisión de los Once". Aunque parezca duro decirlo, los sacerdotes se integraban en estas siniestras reuniones para dar el visto bueno a la lista o –en caso contrario– vetarla. Este es un detalle muy importante y al que luego nos referiremos.

La Guardia Civil

La Guardia Civil estaba encargada de proporcionar la instrucción militar y el debido encuadramiento a los grupos de milicianos así como de supervisar y participar en los paseos. En esta primera etapa, la Guardia Civil en Ferrol estaba dirigida por Victoriano Suanzes. Fue el primer Delegado de Orden Público de la Dictadura tras el golpe de estado. La mayor parte de los números destinados a estas actividades habían partido voluntariamente para sofocar la revuelta de los mineros asturianos en Octubre de 1934. Los guardias civiles que más se implicaron en los paseos y torturas a los detenidos y que peor fama ganaron fueron los siguientes:

- Gerardo Casanova Martín ("el de los 100"), guardia civil en Miño. Normalmente iba de paisano. Trabajaba coordinadamente con los falangistas. Se le apodaba de esa manera por que presumía de haber matado a "más de 100 rojos".
- Gago, compañero de Gerardo Casanova. Era cabo en Miño. Normalmente iba de paisano.
- Damián Sánchez, sargento del cuartel de Xuvia.
- Pintos, guardia civil de Xuvia (número).

En una segunda etapa, con el teniente de Artillería Nieto como nuevo Delegado Gubernativo, la Guardia Civil pasa a ser dirigida por el Capitán Aurelio Varela. Bajo su mandato y ya más relacionados con la represión de la guerrilla, figuraban como especialmente sanguinarios, los siguientes guardias civiles:

- Casal Reboredo, José. Participó por lo menos en un paseo masivo el 3 de Enero de 1949. Fue ajusticiado por la guerrilla el 8 de Febrero de 1949.
- Fraga, Ricardo. Tiene el triste privilegio de disputar a José Torres la condición de mayor criminal. No fue admitido en la Guardia Civil en la República e ingresó en plena guerra. Parece que tenía problemas mentales. Violó y asesinó a Josefa Pita Veiga el 18 de marzo de 1938. Hay testigos de por lo menos trece asesinatos.
- Hernández Santana, José "El canario". Compañero de Ricardo Fraga. Mató en un interrogatorio a Jesús Lago Díaz en presencia de sus hermanos.
- Torres Santiso, José. Sargento del puesto de Xuvia. Probablemente, con Ricardo Fraga, el más criminal de todos. Su relación de maldades necesitaría varias páginas. Fue ajusticiado por la guerrilla en Febrero de 1949.

Las milicias de Falange

La Falange recibió un aluvión de solicitudes de inscripción en las primeras semanas de la guerra civil. Un guardia civil, con la ayuda de otros, se encargaba de encuadrarles e instruirles en el manejo de las armas. En Ferrol era Gago, citado anteriormente.

La mayoría de los *camisas nuevas* eran muy jóvenes. Una parte fue enviada a combatir al frente, y otra recibió el encargo de "pacificar" la retaguardia. Eran los milicianos y dependían del Servicio de Prevención de Falange. Los jefes en Ferrol fueron José López Rey, Juan Antonio Pedreira, Ramón Rebollar y Juan Antonio Veiga. El Jefe Comarcal de las Milicias era un oficial de artillería llamado José María Pagola Birebén. Fue el oficial que dirigió la batería que se emplazó delante del Ayuntamiento de Ferrol abriendo fuego y forzando la rendición de los que estaban dentro. Un hermano suyo fue nombrado Alcalde de San Sebastián en los años 60.

La mayor parte de los milicianos se encargaban de espiar a los vecinos. Con estos informes se trabajaba en el Servicio de Información de Falange. Otros cubrían tareas auxiliares, como custodiar prisioneros de guerra o escoltar trenes. Finalmente había otro grupo encargado de sacar (de sus domicilios o de la cárcel) a los que iban a ser paseados.

Los camisas viejas en Ferrol

En marzo de 1933 aparece la JONS en Ferrol. "El Obrero" informa al respecto lo siguiente: "En Ferrol también comenzó la propaganda fascista. Los alumnos del Instituto hacen entre ellos el saludo hitleriano, alargando los brazos como para tirarse a nadar". Ese mismo curso intentaron quemar los libros de texto de autores extranjeros, o por lo menos, arrancar de los mismos, las páginas que hacían referencias a determinados personajes, especialmente judíos.

Durante el verano regresaron algunos ferrolanos que estudiaban en la Universidad de Santiago, sobre todo Derecho. Por influencia de estos nació la Falange en Ferrol. Su fundador fue Jesús Balás Loureiro, que murió en Agosto de 1936 en Madrid, a donde había ido –como Jefe de Milicias– para participar en el golpe de estado contra la república. Sin embargo, José Antonio Primo de Rivera decidió entregar la jefatura local al abogado Jesús Suevos tras una entrevista que mantuvieron en Madrid en Abril de 1934. Sus padres tenían una harinería y era el mayor financiador del partido. Abrieron un local en los alrededores de la sede del Almirantazgo. En Septiembre de 1933 había publicado en *El*

Correo Gallego una carta exaltando a Adolf Hitler y abogando abiertamente por encarcelar a socialistas, comunistas y judíos. Otro joven abogado afiliado a Falange era Víctor Otero.

En los últimos cursos del Instituto, había en el año escolar 1935/36 un grupo de bachilleres, cuyo numero se puede cuantificar entre 20 y 30, que se afiliaron al Sindicato de Estudiantes de la Falange. Con motivo de la fusión de ambos grupos (las JONS y la Falange) encargaron 26 camisas azules a la firma "Rafael y Vicente". Muchos de estos jóvenes falangistas acudían a clase con armas de fuego, aunque estuviera prohibido.

A finales de 1935, la Falange había organizado una cuadrilla de 5 a 8 muchachos muy jóvenes, que dirigidos por Fermín Dapena acostumbraban a recorrer de noche la Calle Real buscando provocar a las personas de izquierda. A comienzos de 1936, tenían dos "grupos de choque", uno de ellos actuando de noche. Los incidentes empezaron a ser diarios:

"Mi hermano José Díaz acompañó a primeros de 1936 a un grupo de jóvenes que querían vengar una agresión que los falangistas habían cometido. Él iba de mirón y pensando que sería una pelea a puñetazos. Los falangistas se preparaban en el Club de Tenis y al llegar –pese a que eran menores de edad– sacaron las pistolas y nos dispararon. José recibió dos tiros, aunque no murió".

Casi en vísperas del estallido de la Guerra civil, un joven falangista disparó con su revolver a un afiliado a las JJSS llamado Pancho (Francisco Rodríguez Olivar), cuyo padre trabajaba en Correos y lo mató. El asesino escapó y no fue detenido.

Con la Guerra Civil, Jesús Suevos ascendió hasta convertirse en el jerarca de la Falange en Galicia y ya sólo venía ocasionalmente a Ferrol. José Balás estaba en Madrid –como anteriormente dijimos– y a consecuencia de todo esto, lo lógico hubiera sido que Fermín Dapena se hiciera con el mando de la Falange en Ferrol, pero era muy impulsivo y se alistó voluntario para ir al frente, como casi todos los camisas viejas. Por ello la Jefatura Local recayó en Jesús Balás, hermano de José.

Los paseadores

Los milicianos falangistas que participaron en los paseos eran muchachos extremadamente jóvenes, carentes de ideas políticas y sin relevancia social antes del golpe de estado. El flamante uniforme y las armas de fuego les conferían un superior status y mayor atractivo ante las chicas. De ser gente anónima y mediocre pasaron a ser temidos. Eran dueños de la vida de muchas personas y carecían de la madurez necesaria para usar este poder con

templanza. Son los responsables de que la represión alcanzara una enorme intensidad y extensión, que iba acompañada por tal grado de violencia y fanfarronería, que terminó por atemorizar a las gentes de retaguardia y hacer odioso el partido.

En buena medida, el carácter sanguinario de la Falange ferrolana, radicaba en su inmadurez intelectual y en la exaltación de los comportamientos violentos ante los cuales, los falangistas advenedizos, eran muy vulnerables.

Solo los "camisas viejas" tenían un cierto grado de conocimiento de la doctrina elaborada por Ramiro Ledesma Ramos, y en menor medida por Onésimo Redondo y José Antonio Primo de Rivera, y podían por lo tanto barajar la idea de descabezar a la izquierda política y sindical para integrar posteriormente a sus bases. En Ferrol, sólo Santiago Montero hubiera sido capaz de hacer algo parecido, pero la guerra le sorprendió en Murcia. De joven había sido comunista, pero se dio de baja en protesta por el apoyo a la Autonomía de Galicia en 1936. Trabó amistad personal con Ramiro Ledesma que le proporcionó una beca de estudios en Alemania. En la post-guerra marchó voluntariamente al exilio.

La juventud e inmadurez del partido se agigantó con el inicio de la guerra. Había crecido con excesiva rapidez. No he podido acceder a los archivos de militantes, pero sí dispongo de un listado con más de 400 falangistas y 70 mujeres de la Sección Femenina a finales de 1937, cuando a comienzos de 1936 no alcanzaban las 50 personas. Si a estas cifras sumamos la de los falangistas embarcados voluntariamente en varios barcos de guerra, nos acercaremos al millar. No es de extrañar que entre tantos muchachos carentes de madurez fueran fácil reclutar asesinos

En los primeros meses de guerra civil, Ferrol vivió una vorágine de asesinatos, recordada con horror por los sobrevivientes:

"Los falangistas se encargaban de buscar y detener en pueblos y aldeas a los sospechosos. Se servían de menores uniformados, a los que a pesar de su corta edad les daban armas y carta blanca. Se llamaban "balillas" o "flechas" y era muy peligroso encontrarse con ellos". (J.R.P.)

Llevar el uniforme de Falange garantizaba que cualquier barbaridad quedaría sin castigo y que se era inmune a cualquier amenaza. Sobre el carácter chulesco y violento de estos jóvenes, abundan los testimonios:

"Ya en plena guerra recuerdo al falangista Failde. Era muy violento y vivía en la calle Ánimas. Trabajaba en la Farmacia que estaba enfrente del Correo Gallego, en la Calle Real. Los falangistas eran muy bravucones y entraban en el bar de Juan Díez, enfrente del Astillero, para meterse con él porque era republicano. Le consu-

mían y no le pagaban. Sacaban los peines de las pistolas (los cargadores de balas) y me decían :

—Con esto nos peinamos nosotros.

Nosotros salíamos fuera para no tener líos. En la Calle San Fernando y San Pedro, había bares de chicas. También entraban y no las pagaban. Con el grupo de falangistas iban Tito Franco, pariente del Dictador e hijo de Paulino Franco, médico del Arsenal y Antonio Barreiro. Este último fue juzgado en 1948 en el cuartel de Sanidad de Coruña por tráfico de armas. Donde está instalada la estatua ecuestre de Franco, dentro del Arsenal, había una piscina. Los falangistas desnudaban a los presos, les cortaban el pelo y los tiraban a la piscina. Luego les hacían tomar aceite de ricino y los paseaban por las calles". (M.D.)

Los milicianos falangistas más significados en estas tristes actividades de torturas y paseos son los siguientes:

En Ferrol

- A.A. Era ahijado de Amparo Escardillo conocida como La Escardilla, una mujer que regentaba un burdel de la Calle San Pedro y que tenía muchísima influencia entre los militares, al igual que " La Amancia", otra *madame* del sector. Después de la guerra, le dieron un puesto de encargado en el ayuntamiento, donde cometió numerosos abusos e irregularidades para enriquecerse fraudulentamente.
- Los hermanos Caruncho Méndez. Tenían un hermano mayor llamado Carlos, que era socialista y fue paseado. Se comentaba que ellos mismos lo habían hecho. No está documentada ni testificada tal cosa, pero sí es curioso que ellos nunca lo desmintieran.
- Castro, Pedro (Perucho). Era el hijo del gerente del Jofre. Le dieron trabajo como practicante de la Guardia Civil. También era árbitro de fútbol.
- Dapena Romay, Fermín. Se le apodaba "El Pucho" (El ternerito) desde niño. Entró a trabajar en los astilleros de Bazán y le crearon el puesto de inspector de trabajo dentro de la Factoría. Por esta razón, los trabajadores de Bazán llamaban "puchos" a los vigilantes. Existen versiones contradictorias sobre si era o no un paseador.
- Del Real. Era practicante. Vivía en la Calle Magdalena y su padre era mandadero. Le dieron un empleo en la Administración. Se suicidó en Marín al dispararse un tiro con su propia pistola.
- Failde. Era muy violento. En la década de los años 40 se dedicaba a dar palizas a todos los que se cruzaban con él y su

cuadrilla. Actuaba de noche por los barrios periféricos y por las aldeas de la comarca. Aunque se decía que había participado en varios asesinatos de personas de izquierdas, no lo tengo documentado. Se suicidó tirándose por unas escaleras en Vigo.

- Leira, Julio. Vivía en la Calle Pardo Bajo y le gustaba exhibir un Colt Smith Bensson de gran calibre. Tengo mis dudas al incluirlo en este listado de paseadores, ya que aunque presumía de haber paseado a muchos rojos, pudiera ser falso, por tratarse del típico fanfarrón, como lo prueba que su vecino Manuel García y un muchacho llamado Javier Merlán le dijeran en una ocasión que el anarquista Luis Abella les había dado órdenes de avisarle que iba a por él en veinte minutos, ante lo que Julio Leira escapó.
- López, Ángel. Sin datos.
- Parga Cao, Raimundo. El padre trabajaba en Monturas de Bazán y en casa hacía coladores y otros utensilios de cocina que vendía por la calle otro hermano, conocido como "Parga el mudo". Este, en realidad, podía hablar, aunque con dificultad porque tenía un cierto retraso mental, lo que no era óbice para que su hermano le hiciera acompañar y participar en los paseos. Les dieron trabajo en Astano.
- Quinteiro, Ezequiel. Ingresó en la Guardia Civil. Murió en 1996.
- Quinteiro, Ramón. Le dieron trabajo en Astano. Uno de los más violentos.

En Serantes

- Amor, Manuel. Su primer crimen lo cometió con quince años. Era de A Graña.
- Mauriz, Manuel. Conocido como "El Galbín" y "El Cinchón", de Serantellos. Hacía pareja en los paseos con Ángel Moreno. Luego fue cabo en el Canarias, hasta que tuvo la ocurrencia de denunciar por rojo a un teniente de navío que pertenecía al SIN (Servicio de Información Naval). Al Galbín le hicieron Consejo de Guerra y fue expulsado. Encontró trabajo en un pesquero matriculado en Gijón, cuando fue descubierto su pasado. Un día el barco regresó sin él. Los tripulantes declararon que se había caído al mar.
- Moreno, Ángel. Antes de la guerra trabajaba en el Horno de Lomelino, en la Plaza de Serantellos, donde residía, por lo que era conocido como "Angelito el del Horno". Tras la guerra fue a la cárcel por múltiples robos y al salir acentuó su alcoholismo y mendigaba en la zona de Perlío. Murió triste y amargado.

‣ Sierra, Donato. Era practicante y de La Graña. En esta parroquia había un tercer paseador, que durante la guerra civil ejerció como maestro y al que llamaban Don Pablo.

En Mugardos

‣ Cortizas Villar, Esteban (El Bailarín). Era el cerebro de la represión en la zona de Mugardos. Muy cruel. La guerrilla lo ajustició el 26 de Enero de 1946 por considerar que debían dar un escarmiento a personas así. No debe confundirse con otro falangista ex-legionario que tenía el mismo apodo, su padre era vendedor de lotería y tenía un hermano corneta en infantería de marina.

‣ Muñíz Fernández, Arsenio. Participó en varios paseos. La guerrilla le ajustició el 17 de Noviembre de 1949.

‣ Otero Castro, Manuel. Era de Figueroa. Presumía de llevar asesinados a 86 rojos. Fue ajusticiado por la guerrilla el 7 de marzo de 1947.

En Miño

‣ Andrés Quintás. Jefe de la Falange en Miño. Varios testimonios le hacen responsable de la violación y muerte de María Vázquez, una maestra de Miño. Sin embargo, tengo mis dudas al respecto.

En Narón

‣ Barcón, Antonio. Era el Jefe de la Falange en Xuvia y Neda. Su padre Francisco era una persona con recursos económicos importantes derivados de la propiedad de una fábrica, con una actitud paternalista en línea con la tradicional del cacique gallego. Hacía comidas para la gente y muchos vecinos consultados que le conocieron dicen que no era como los otros falangistas. Era más bien monárquico. Su hijo Antonio salió muy violento y participaba personalmente en los paseos para asesinar a vecinos de izquierdas, como el que protagonizó con fecha 23 de agosto de 1936, cuando dirigió el grupo encargado de dar un paseo y asesinar a varias personas, de las que una –Manuel Fojo– pudo escapar milagrosamente. Barcón también fue protagonista del desmantelamiento del monumento a los muertos del 13 de marzo 1921 en la Feria del Trece de Sedes (Narón), por una carga de la Guardia Civil. En el verano de 1936, llegó con varios camiones y desmantelaron el monumento, vendiendo las piedras labradas a un buen precio.

‣ Balsa, Francisco "El Ferrín". Era de San Mateo, donde tenía una tienda de ultramarinos y abonos. Participó en nume-

rosos asesinatos. La guerrilla lo ajustició el 22 de Junio de 1945.

- Cal Carballo, Benito. Ajusticiado por la guerrilla en 1948.
- Vizoso, Cayetano. Ajusticiado por la guerrilla junto con el anterior. A su condición de paseador unía la de usurero. Como encargado de repartir las pensiones a las viudas se quedaba con parte del dinero.

En Neda

En este concello actuaba un grupo integrado por los siguientes milicianos:

- Castro, Antonio "Antón da Ponte" de Linares (Neda). Era el Jefe de la Milicia de Falange en su zona. Fue ajusticiado por la guerrilla el 28 de Noviembre de 1948.
- Mauriz, Antonio "Cacharreiro" de Casadelos (Neda).
- Pérez, Manuel "O Albañil", de Anca (Neda). En 1946 tuvo miedo de ser ajusticiado por la guerrilla y emigró a Uruguay, donde uno de sus hijos amasó una gran fortuna.

En Pontedeume

- Calvo Ponte, José. De la parroquia de Ombre. Antes de 1935 era de izquierdas e incluso presidió el Sindicato de Labradores de Pontedeume. Ese año, ingresó en la Falange y participó activamente en la represión. Fue ajusticiado por la guerrilla en 1945.
- López Deus, Antonio "El Penón". Era de Redes (concello de Ares) y trabajaba como fogonero de la marina mercante. Asesinó al farmacéutico de Pontedeume (Díaz Zamorano) y a otros cinco vecinos de izquierdas de esta localidad. También a dos marineros del barco donde trabajaba. En la Segunda Guerra Mundial, trabajó para los nazis. Fue ajusticiado por la guerrilla el 18 de Mayo de 1947.
- Rivera Rodríguez, José "El lugués". Era el Jefe Local de la Falange. Fue ajusticiado por la guerrilla el 17 de noviembre de 1944.
- Sánchez Lorenzo, Antonio "El Bequés". Se desplazaba desde su parroquia de San Isidro de Bergondo hasta Ferrol Miño y Pontedeume para participar en los paseos. Fue ajusticiado por la guerrilla el 30 de marzo de 1947.

En Valdoviño

- Méndez Chedas, José. De la parroquia de Villarrube. Ajusticiado por la guerrilla el 16 de Julio de 1948.

Valoración social del grupo

Podemos sacar las siguientes conclusiones:

En primer lugar, la mayor parte de los milicianos falangistas que participaron en los paseos, podían ser perfectamente definidos como "lumpen", extremadamente violentos. Sus orígenes sociales están en familias de clase social baja o muy baja. Es el caso de 19 milicianos de los 33 que hemos citado (en 5 casos no se han podido recoger datos concluyentes).

Sólo encontramos un caso de miliciano procedente de familia rica y otros dos casos de familias relativamente acomodadas. También podrían escapar a la condición de lumpen, un maestro, dos tenderos (uno de ellos además era prestamista y usurero) y un practicante. Sólo una persona tenía estudios superiores.

En segundo lugar, salvo un caso (José Calvo Ponte), carecían de una actividad social que les relacionase con la población, bien en el terreno político, sindical o cultural de masas.

La mayoría de los falangistas implicados en los asesinatos y paseos murieron casi todos a tempranas edades, debido a que eran borrachos y pendencieros. Doce de ellos fueron ajusticiados por la guerrilla y otros tres murieron en circunstancias sospechosas.

El papel de la Iglesia y de los sacerdotes

Las reformas emprendidas por la República amenazaban la situación privilegiada de la Iglesia Católica. Esta circunstancia y la conocida actitud del Papado en temas políticos, explican su hostilidad hacia la República y el decidido apoyo al golpe militar de 1936.

A ello cabe añadir el propio miedo físico del clero. En los cinco meses de gobierno del Frente Popular, ningún sacerdote fue muerto ni hay constancia de que fuera agredido, pero permanecía grabado el recuerdo de Octubre de 1934 en Asturias, donde dos docenas de clérigos y seminaristas murieron víctimas de la violencia de los grupos incontrolados de huelguistas.

La Iglesia Católica tenía en la zona nacional una enorme ascendencia moral sobre los militares y las fuerzas políticas que les apoyaban (requetés y falangistas) y pudo haberla usado para moderar o limitar el impacto de la represión, salvar vidas y ahorrar sufrimientos. Era imposible que la Iglesia ignorara que la represión estaba rebasando cualquier límite que se pudiera considerar razonable, dentro de circunstancias tan extraordinarias.

En Ferrolterra se abrió una crisis importante entre la jerarquía eclesiástica y los militares a raíz de la decisión tomada por Victoriano Suanzes, de pasar por las armas a Andrés Díaz, párroco de Monfero, por negarse a entregar al ejército los fondos recaudados

para la celebración de las fiestas patronales del Alto de Xestoso. Hubo un segundo sacerdote fusilado por las autoridades militares, Matías Usero Torrente, de conocida militancia en las filas republicanas y autor de varias obras literarias, entre ellas, alguna fuertemente crítica contra los jesuitas. Hacía años que vivía al margen de la Iglesia, pero no tenía decreto de secularización, por lo que seguía siendo oficialmente un sacerdote.

De acuerdo con el derecho canónico, el asesinato de un sacerdote implicaba automáticamente (*ipso facto*) la excomunión para el responsable, sin necesidad de iniciar trámites para publicar el decreto. Esto –que tal vez fuera ignorado por Suanzes– y el visible enfado de la jerarquía religiosa por el fusilamiento de uno de los suyos, asustó a los militares, que primaron el apoyo religioso sobre cualquier otra consideración. Suanzes fue destituido y quedó acordado que sería necesario el plácet de los sacerdotes para asesinar a un parroquiano.

El anticlericalismo

El anticlericalismo no nació con la segunda república –aunque con esta pudiera aflorar con mayor libertad–, ni es fruto de un capricho. Se trata de una argumentación con profundo calado en las capas populares, orientada a criticar las prácticas abusivas de curas, frailes y monjas, como glotonería, lujuria, ignorancia, brutalidad o codicia, que contradecían la propia doctrina moral de la Iglesia.

La izquierda ferrolana consideraba una señal positiva el progresivo abandono de las actividades religiosas por parte de la población. Con poco disimulado júbilo, escribía Vieitez en "El Obrero ", bajo el pseudónimo de "El hombre que ríe", lo siguiente en mayo de 1933:

"(...) incendio de la Iglesia de Cervás, follón que monta el cura de Caranza porque no ha recaudado dinero de los feligreses para organizar las fiestas religiosas del lugar, el cura de Meirás denunciado por los vecinos al Gobernador, el de Narahío denunciado por la totalidad de los vecinos ha terminado procesado (...) los cruceiros van desapareciendo uno tras otro como elementos de culto (...) el cura de Serantes detenido por orden del Alcalde por desobedecer las disposiciones municipales en materia de administración de cementerios y matrimonios civiles. ¿Protesta airadamente el pueblo por esto? Las iglesias se quedan vacías los días festivos. Los campesinos ya no dan huevos, ni dinero, ni cereal al crego".

En Ferrol funcionaba la Liga Anticlerical Ferrolana, muy beligerante contra la Iglesia. Centraba buena parte de sus críticas en

Luis Herrera Oria, un jesuita, de quién hablaremos más adelante. En general, las críticas más ácidas hacían referencia a las presuntas relaciones carnales de los sacerdotes. Aunque puede haber exageraciones e infundios en bastantes casos, es indudable que tales relaciones carnales existían y ello favorecía el discurso que calificaba de hipócritas a los miembros del clero. En las aldeas, era de dominio público que las amas de llave, satisfacían las necesidades sexuales de algunos párrocos, o por lo menos, de esto estaban firmemente convencidos los lugareños. Estaba muy extendido el rumor de que los párrocos de Meirás (Misael Prieto García), Mandiá (José María Balseyro) y A Graña (Ramón Mayobre Pego) tenían barraganas y algunos ferrolanos a los que he entrevistado, me confesaron que cuando estaban internados en el Hospital de Marina, sorprendían besándose al Capellán Antonio Monje, con Sor María del Carmen, la Superiora de la Hermanas de La Caridad. En lo referente a las relaciones carnales de Misael Prieto es aconsejable tener un cierto grado de escepticismo, por cuanto no es difícil ver en las acusaciones de vida disoluta, la mano de los usureros e intermediarios perjudicados por el cooperativismo agrario creado por este singular sacerdote. Sobre José María Balseyro, haremos más adelante una valoración positiva.

La quema de edificios religiosos

Cuando el Frente Popular triunfó en las elecciones de Febrero de 1936, la izquierda ferrolana celebró una manifestación multitudinaria, que rebasó las expectativas de los organizadores y provocó incidentes. Como fueron muchos los manifestantes, es fácil recabar testimonios directos. Estos tres sirven de ejemplo:

"Cuando el Frente Popular ganó las elecciones, fui en una enorme manifestación. Pusieron una bandera de la CNT en la Puerta de Bazán y otra en las monjas de San Amaro. En la "casa de los curas " (Plaza de las Angustias), sacaron los muebles y en un armario que fue a parar a una casa, se había escondido dentro un individuo (no sé si el cura o el sacristán). Al llegar la manifestación al colegio de las monjas se limitaron a poner la bandera "porque era una orden religiosa extranjera". Por eso no entraron. (N.L.)

"Al llegar a la Casa de los Curas en Las Angustias, los anarquistas la asaltaron. No vi que sacaran ningún armario, pero si sacaron ropa interior de mujeres y la enseñaron a los manifestantes. Al lado estaba la Calle San Pedro, con burdeles y se decía que contrataban sus servicios.

Por la noche se organizó una manifestación en Serantes y unos anarquistas hablaron de quemar la casa del cura, pero los diri-

gentes de los partidos de izquierda se presentaron para disuadirles." (AAA).

"La manifestación que tuvo lugar en Ferrol con motivo del triunfo del Frente Popular la viví con 14 años recién cumplidos (...) Estaba frente al Instituto con un compañero cuando vi una muchedumbre que estaba concentrada en la Plaza de las Angustias. Nos dirigimos los dos allí, mientras que por las calles adyacentes seguían acudiendo muchas más personas. Se vitoreaba a los partidos del Frente Popular y se insultaba a los partidos de derechas, a la Falange y a las Órdenes Religiosas. En ese momento vimos como, en las ventanas de una casa unas personas enseñaban ropas femeninas y decían algo así como que "los curas también se acuestan con mujeres". De pronto, empezaron a sacar objetos y muebles (...)

(...) Por la tarde, cuando regresaba a mi domicilio en Serantes, vi a varias personas concentradas delante de la casa del cura de Serantes. Al parecer alguien había intentado quemarla, pero los allí presentes se lo impidieron, porque según les explicaron, no era una casa parroquial sino una casa alquilada por un trabajador al cura. (...) A la mañana siguiente, cuando volvía del Instituto, vi desde lo alto del monte de Chamorro, la Iglesia de Santa María de Serantes en llamas. Por estas fechas, había en todos los partidos de izquierda mucha animadversión hacia los curas y no es extrañar que fueran objeto de estas acciones, porque todavía estaba reciente la actitud que los curas mantuvieron en Octubre de 1934, cuando desde los púlpitos se proclamaban pastorales contra los obreros" (JB).

La denominada Casa de los Curas ocupaba el portal 12-13 de la Plaza de las Angustias y era una residencia de los frailes claretianos. El hombre que se escondió dentro del armario era el cocinero. Los restantes miembros de las Orden estaban alojados en domicilios particulares. Parece desprenderse que amparados en el gran número de participantes en la manifestación y en el ambiente de la misma, fueron militantes de la FAI/CNT los autores de estos hechos. Incluso la propia Iglesia de las Angustias fue amenazada, dándose la circunstancia de que fueron las prostitutas de los burdeles de la Calle San Pedro las que se colocaron en la puerta para impedir el asalto. Posteriormente llegaron tropas de infantería.

En Serantes se quemaron la Iglesia de Brión (donde además desnudaron la imagen de la Virgen) y la de San Andrés de A Graña. El párroco de ambas era Ramón Mayobre, muy enfrentado con los obreros. En las parroquias rurales de los concellos limítrofes también se organizaron espontáneamente concentraciones y manifestaciones de vecinos delante de las casas de los caciques y del

párroco. Se incendió la Iglesia de Limodre y la parroquial de San Salvador de Fene. También hubo un amago de asalto a la iglesia de Somozas y daños en el local de las Juventudes de Acción Católica de Ares.

La celebración del primero de mayo de 1936 creó una gran alarma social en numerosos católicos de la ciudad y muchos la abandonaron en esa semana. Las autoridades, decididas a que no se repitieran los incidentes de Febrero, concienciaron a sus simpatizantes para que no hubiera incidentes y tomaron medidas. La manifestación mantuvo el orden y se desarrolló con tranquilidad. El único incidente tuvo lugar cuando los manifestantes pasaban delante del Colegio de la Compañía de María. En ese momento, el anarquista Pablo Reinoso, trepó para colgar una bandera. El Alcalde Santamaría, muy atento al curso de los acontecimientos, intervino y los jóvenes la retiraron sin más, justificando su acción en que ya habían pasado más de dos meses desde la victoria electoral del Frente Popular y todavía el edificio no había sido incautado.

En la zona objeto de estudio, podemos catalogar unos sesenta templos, además de otros edificios de culto menor en número sin determinar, así como otro número sin cuantificar de edificios propiedad de la Iglesia, sin incluir los colegios religiosos. Durante los seis años del periodo republicano fueron incendiadas las iglesias de Brión, San Andrés de A Graña, San Juan de Filgueira, Castro, Cervás, Limodre, Maniños, Fene, la rectoral de Serantes y la Capilla de Caranza y se intentaron quemar la de Meirás y la de Las Angustias. Fue asaltada la iglesia de Somozas, el local de Acción Católica de Ares y la denominada Casa de los Curas en Ferrol y se abatieron todos los cruceiros de Fene, salvo los de Barrallobre. El porcentaje, comparado con el del resto del territorio español, parece ser muy elevado.

En el curso de mi investigación me encontré con que tales hechos eran utilizados por algunos de mis entrevistados para justificar el apoyo a la represión. Cuando les indicaba que la pena de muerte parece excesiva para el que incendia un edificio, sin embargo, aceptaban mi punto de vista, aparte de que sólo tres personas de las fusiladas o paseadas fueron formalmente acusados de incendiarios.

Rencor y venganza en el clero urbano

En Ferrol, sólo hay constancia de un sacerdote que estuviera en contra de los paseos y fusilamientos. Por las declaraciones de los presos supervivientes de La Escollera, y otras fuentes, podemos

afirmar que los sacerdotes urbanos estuvieron de acuerdo con estas prácticas. Probablemente el rencor acumulado en los años de la República por las críticas anticlericales y el deseo de vengarse, pesó más que cualquier otra consideración religiosa. Los sacerdotes ferrolanos –cuyo informe era determinante– participaron en la confección de las listas que luego los asesinos ejecutaban o en su defecto, daban el plácet a las mismas.

Los más identificados con la represión eran los sacerdotes pertenecientes al Sagrado Corazón. Eran misioneros que pasaron a ser capellanes de las tropas durante la guerra civil. En este grupo destacaban Luciano de Uriarte, Justo Gil, Silvano Iñiguez (Capellán del Galatea), Julián Sánchez, Julián Sanz (murió en el frente de Asturias) y Marino San Miguel (Capellán del Almirante Cervera).

Las monjas que administraban la cocina y la despensa del Hospital de la Marina en Esteiro, donde actualmente se ubica el Campus Universitario de Ferrol, también hicieron gala de un gran rencor. La superiora de esta Congregación de Hijas de la Caridad era Sor Carmela, o Sor María del Carmen, una monja vasca muy fanática. Provocaban continuos incidentes con su obcecación en hacer cumplir los preceptos religiosos a todos los pacientes, fueran creyentes o no. Los que se confesaban y comulgaban recibían todas las atenciones, pero los que no lo hacían eran discriminados. En el cuerpo médico de la marina había masones y entre los cabos y personal, eran frecuentes las personas no practicantes, por lo que las quejas eran cada vez más frecuentes.

Con la proclamación de la República, el personal del centro firmó un escrito pidiendo al Ministerio que el Hospital se rigiera con criterios laicos acordes con la Constitución. Médicos, practicantes, subalternos y administrativos estamparon su firma y se envió una delegación a Madrid.

El Gobierno del Frente Popular firmó un Decreto para sustituir en la Administración del Hospital a las monjas y les dio dos meses para su marcha. Antes de que se ejecutara el plazo estalló el golpe de estado. Lo primero que hizo Sor Carmela fue pedir a los militares sublevados que castigasen a los que habían firmado la carta. Parte de la plantilla fue sentenciada a muerte, otra parte a penas de prisión y los más afortunados fueron simplemente despedidos tras pagar una multa.

El único sacerdote de Ferrol en el que hemos detectado una vertiente extraordinariamente humana ha sido Luis Villariño Couto, que llevaba ropa a los presos de La Escollera y del que hablaremos más adelante. En esta línea y sirviendo también de contrapunto a la actitud de las monjas del Hospital de Marina, es merecedora de mención Clara Usero ("Doña Clarita"), monja de la

Congregación de María Mediadora, por las ayudas entregadas a las familias de los presos.

La Escollera

Sobre la actitud de los sacerdotes que acudían al campo de concentración ferrolano de La Escollera, existe una gran unanimidad de criterio entre los supervivientes. Por regla general se mostraban despectivos e insultantes hacia los presos, y les diferenciaban entre la justicia de los hombres y la de Dios. Les aseguraban –sin ningún rubor– que todos merecían la muerte por haber corrompido su alma y que ellos no podían hacer otra cosa que confesarles y salvar así sus almas.

Se enfurecían cuando un condenado iba al paredón sin aceptar la comunión. Muchos presos desconfiaban de las confesiones, porque no les querían dar la absolución si no les contaban todos los detalles de sus actividades políticas. Hubo presos ingenuos, que pensando en el secreto de confesión, revelaron los detalles solicitados y dieron nombres, para comprobar con horror como días más tarde, eran detenidas estas personas. El responsable de violar el secreto de confesión era un sacerdote de las Orden de Jesuitas Descalzos. No era ferrolano y aunque ningún preso recordaba sus nombres y apellidos, supongo que debe tratarse de Luis Herrero Oria. Su enfrentamiento con la izquierda ferrolana venía de años atrás, porque era uno de los blancos preferidos de la Liga Anticlerical Ferrolana. En una octavilla, esta asociación lo calificaba como "jesuita de hábito corto, testaferro de la execrable araña negra (...) Son el clero lúbrico, a lo Rasputín, con su harén Salomónico, embaucador de beatas menopáusicas y fanáticas, y de jovencitas ñoñas (...) El joven Luis, carcunda furiosa, aleccionado por los padres de la Compañía con ilimitada Fe en el "detente" y en la dureza de su cabeza de cemento, es también el inmoral defensor de estrupos y violaciones, resabios de sus tiempos de pichón de cura".

Parece fuera de dudas que este sacerdote se resarció cumplidamente de las cuentas pendientes, pero tras un ataque de nervios por un bombardeo de la aviación republicana, no volvió más y fue sustituido por Luis Villariño Couto, sacerdote que ejercía sus funciones en la Tercer Orden Franciscana.

La llegada de Luis Vilariño Couto fue un verdadero alivio. Se trataba de una persona sacrificada que hacía todo lo que estaba en su mano para aliviar la situación de los desdichados presos. Era una persona tan bondadosa que en un primer momento, al ver lo que estaba pasando en La Escollera, creyó que debía ser por falta de información de los responsables y dijo a los presos.

—"Si no puedo evitar esto, no volveré más. Mientras lo soluciono, procuraré aliviar vuestra situación".

Fue este sacerdote el que ayudó a sacar cartas de presos a sus familiares, gracias a lo cual, conocemos los horrores que pasaban. Algunas como las que escribió Sánchez Breto, son sobrecogedoras. Entraba a La Escollera con varias camisas y pantalones bajo la sotana para vestir a los presos. Cuando se dio cuenta de que no podía impedir los paseos y las ejecuciones, tuvo un bajón en su ánimo.

—"Esto es un crimen", les dijo, y ya no volvió más a La Escollera.

Los presos de La Escollera conocieron pues en el clero, las dos condiciones extremas del ser humano: la maldad de Luis Herrera y la bondad de Luis Vilariño.

El clero rural

Las actitudes de los párrocos rurales ante la represión, no estaban tan homogeneizadas como en el clero urbano. Esto puede deberse a que los curas párrocos eran tradicionalistas o conservadores en sus costumbres, un tanto extorsionistas, pero a fin de cuentas con raíces entre los vecinos y unas creencias religiosas más sentidas que los sacerdotes urbanos. Debido a que la Iglesia era una institución rígidamente jerarquizada, sus acciones encaminadas a ahorrar sufrimientos tenían que desarrollarse calladamente, pero ya hemos explicado que –a raíz del incidente relacionado con el fusilamiento del párroco de Monfero– era necesario el plácet de los sacerdotes para asesinar a personas de su parroquia. Podemos cuantificar estas actitudes en el entorno de la Ría de Ferrol.

Serantes y A Graña

Los párrocos que adoptaron una postura protectora y salvaron vidas fueron los de Doniños-Balón, San Jorge-Esmelle, Covas y Mandiá. Tras la sublevación de los militares, se elaboraron listas de vecinos para ser paseados. Pero estos sacerdotes les negaban su autorización, de manera que en estas parroquias no hubo paseados.

El cura párroco de Doniños-Balón, Juan Blanco Abuide era bastante atípico ya que todos sus amigos en la parroquia eran de izquierdas.

El cura de Esmelle y San Jorge era Jesús López y López. Era de ideas conservadoras pero contrario a que se ejerciera la violencia. Fue de los pocos sacerdotes que en los sermones de Octubre de 1934 rechazó predicar mano dura contra los huelguistas. Murió en 1956.

El párroco de Cobas cuando estalló el golpe de estado era Emilio Gayoso Vázquez. Fue una suerte su presencia para los vecinos progresistas de la parroquia, porque vino a sustituir en Marzo al anterior párroco que había huido tras conocer la victoria electoral del Frente Popular. El antecesor de Emilio Gayoso era anti-obrero y llegó a decir que “la república había creado escuelas y ahora cualquier niño sabe hacerle un escrito a su padre, cuando antes dependían de nosotros”. Durante los sucesos de Octubre de 1934 fue uno de los sacerdotes más beligerantes y desde el púlpito exigió duras penas para los que hubieran apoyado la huelga o simpatizado con los mineros asturianos. En febrero de 1936, un borrachín apodado “O Falucho” comentó en los bares que iba a quemarle la Iglesia y tras el triunfo del Frente Popular se escondió en otro pueblo.

El cura de Mandiá era José María Balseiro. Antes de ordenarse sacerdote había sido abogado. Era muy reservado y no hablaba con cualquiera, pero cuando entraba en conversación se veía que era una persona muy bien preparada intelectualmente. Durante la Segunda Guerra mundial, la mayoría de los sacerdotes de Ferrol deseaban que Hitler ganara, y Jesús Balseiro era el único que se atrevía abiertamente a desear la victoria de los aliados. Dejó escrito un librito sobre doctrina social de la Iglesia, bastante avanzado para la época.

A causa de su actitud, en Mandiá se asesinaba a pocas personas y esto enfurecía al cura de San Mateo, que acudió a recriminarle de malas maneras que en Mandiá todavía quedaran vivos muchos rojos. La discusión subió tanto de tono que ambos sacerdotes terminaron enzarzados en una pelea a puñetazos delante de numerosos testigos.

Los párrocos que adoptaron una postura represiva y de colaboración con los paseadores fueron el de A Graña-Brión y el de Serantes, parroquia esta que daba nombre al concello, años después absorbido por el de Ferrol.

Ramón Mayobre Pego, párroco de A Graña y Brión, también cogió miedo al saber que el Frente Popular amnistió a los presos políticos y que estos regresaban a sus hogares. Pidió refugio en la Base Naval de La Graña, donde permaneció oculto unos días, hasta que salió de noche en una lancha que lo desembarcó en O Seixo, donde le esperaba un taxi que lo transportó hasta Santa Marta de Ortigueira.

Al regresar a La Graña, autorizó los asesinatos durante un cierto tiempo, pero después tuvo una crisis de conciencia y los paralizó.

Salustiano Rodríguez Celeiro era el párroco de Serantes desde 1934. Fue muy beligerante en el púlpito contra los huelguistas de octubre de 1934 y participó activamente en las tareas represivas.

Narón

Los párrocos que colaboraron con las nuevas autoridades en las tareas de eliminación física de los opositores fueron Manuel Méndez "Cajallita", párroco de San Mateo, Ramón Martínez Vieito, párroco del Val, el párroco de Santa Cecilia (de nombre Adolfo), el de San Xiao de Narón y el de Castro (Cereijo).

Sobre Manuel Méndez "Cajallita", las opiniones sobre su implicación en la represión del vecindario son abrumadoras. Sólo en dos ocasiones me encontré con vecinos que discrepaban de esta opinión y basculaban toda la responsabilidad en Francisco Balsa "Ferrín", Jefe de la Milicia y tendero.

El vecino párroco del Val (Narón), Ramón Martínez tampoco dejó buenos recuerdos. Los vecinos no tenían buena opinión de él. Le recuerdan como una persona maleducada, colaboradora de la represión y ladrón. El párroco mandó arreglar la entrada para que pudiera pasar el autobús con los 32 marineros que iban a ser fusilados y dos camiones del ejército que llevaban una ametralladora con sus sirvientes.

El siguiente relato es significativo:

—Los accesos al cementerio del Val estaban muy mal y no podían entrar coches. Un día, D. Ramón nos juntó a los vecinos del lugar y nos mandó arreglar las entradas para que pudieran entrar autobuses y camiones. Al día siguiente de hacer el trabajo vinieron los soldados y los milicianos de Falange a fusilar junto a la tapia del cementerio a la marinería del acorazado España. Entonces supimos para qué quería arreglar el camino.

Los párrocos que adoptaron como pauta de conducta la de salvar las vidas de sus feligreses fueron los del Couto y Sedes.

José Cazón Ferreiro, párroco del Couto (Narón), era el típico párroco regordete, y bastante fuerte, natural de Villalba (Lugo). Los paseos en su parroquia sólo se cometían cuando él se ausentaba. Su parroquia comprendía también Outo do Castiñeiro y A Gándara.

Antonio Rodríguez Freire, era el párroco de San Esteban de Sedes y no permitió que en su parroquia se pasearan a feligreses, ni siquiera a los que se manifestaron delante de su casa tras las elecciones de febrero de 1936. Ciertamente, no era motivo para matar, pero a los pocos falangistas fanáticos de Sedes (la mayoría estaban afiliados por razones utilitaristas y eran poco activos) les molestaba. Posteriormente fue sustituido por Antonio Villarquide, que venía de Neda y adoptó la misma conducta.

Este párroco tenía un libro donde figuraban los nombres de los feligreses, con una casilla detrás para anotar con una cruz a los que confesaban, comulgaban o iban a misa. Las autoridades consultaban este libro para ver quienes no eran buenos católicos y poder

justificar así su paseo. Antonio Rodríguez anotaba la cruz en todas las casillas.

Menos testificado tengo el caso de Xuvia, que en aquellos tiempos no era parroquia, sino un anexo de San Xiao de Narón. Por datos recogidos indirectamente, parece que el párroco durante la guerra se llamaba Antonio y era represor. De Santa Icía, otra parroquia, no he podido recabar datos significativos.

Mugardos

En este concello, dos de los tres párrocos se significaron como activos represores. Eran José Torres (Mehá) y José Carballeira (Mugardos). Este último justificaba en los sermones de misa los paseos:

"Todos los rojos que mueren se lo tienen merecido por haber sembrado la semilla del mal (...) no basta con talar el tronco, además hay que cortar las ramas".

En contraste con esta actitud los sucesivos párrocos de Franza fueron protectores, de manera que en esta parroquia no se paseó a nadie. José Ferrín Pena murió el 27 de agosto de 1936 y fue sustituido inmediatamente –pero de manera provisional– por Ricardo Díaz Rodríguez. En 1940 la parroquia pasa a manos de Ángel Rey Camiño, que tuvo problemas con las autoridades por encontrarle la fotografía de Franco colgada boca abajo.

Neda

Felipe Martínez Piñeiro, cura párroco de Santa María de Neda, era un sacerdote protector que incluso llegó a tener alojado a un vecino que sobrevivió milagrosamente a un paseo. De la otra parroquia del concello, San Nicolás, no he podido recoger datos significativos.

La rotación de sacerdotes entre parroquias limítrofes debe ser analizada cuidadosamente. Así, en Neda hubo un auténtico baile y a Felipe Martínez Piñeiro (1937) le siguen Antonio Villarquide, José Murías, Jesús Castro y Felipe González. De este último, los vecinos que le conocieron indican que era mala persona.

Fene

En este concello existe una diferencia enorme entre la actitud del párroco de Barallobre, Antonio Casas, y los restantes. Mientras el primero de estos sacerdotes adoptó una valiente actitud de protección y defensa, el párroco de Fene (Lorenzo Piñeiro Feal) al igual que los de Sillobre, y Magalofes, apoyaban los paseos y asesinatos.

Moeche

El párroco de Moeche, Eladio Cendán Sánchez, pudo hacer bastante más en un concello particularmente tranquilo, donde no

hubo paseados y sólo constan como pasados por lar armas, Pedro Campos Sueiras y Jesús Rodríguez Sánchez. Eran dos jóvenes de La Folgosa (Moeche), que estaban cumpliendo el servicio militar en Ferrol. El segundo era aprendiz de fogonero. El delito de ambos fue haber llevado "corbata y camisa comunista" en la fiesta del pueblo. El párroco les negó el aval y permitió que fueran fusilados.

En contraste, el otro sacerdote del concello que atendía la parroquia de Santa Cruz, Jesús Fernández Armesto protegía a los escapados e incluso llegó a ser formalmente acusado.

San Sadurniño

Manuel Gesto era el párroco de Iglesia Feita (San Sadurniño). Nacido en Villalba, salvó a mucha gente. Tosco en sus modales, decía una y otra vez a los milicianos "Todos mis feligreses son buenos".

Actitud contraria fue la del párroco de Narahío en la postguerra, Serafín Pumar Pita, colaborador en actividades represivas en una parroquia del norte de Lugo. Trasladado a Narahío, fue ajusticiado por la guerrilla en 1947.

Notas finales

Por lo que hace referencia a las autoridades eclesiásticas de la Diócesis de Ferrol-Mondoñedo, no hemos encontrado un solo testimonio público pidiendo moderación en la represión o distanciándose de la misma. Es significativo que el único reproche que desde la curia santiaguesa se formulara al obispo de Ferrol-Mondoñedo, fuera la pasividad mostrada en el asesinato de Matías Usero Torrente, que todavía seguía siendo sacerdote al no tener el decreto de secularización.

Respecto al clero llano, el de Ferrol se mostró abrumadoramente favorable a los excesos de la represión, mientras que en las parroquias rurales, encontramos dos mitades diferenciadas en su actitud, algo más numerosa la partidaria de paliar los excesos que la de ampararlos.